

¿Cuál es la significación y la riqueza de esas “contradicciones”? Que una revista no es nunca un conjunto homogéneo de opiniones, sino un tejido de voces muchas veces contrapuestas. Pero además de ello, y este será uno de los aportes más sustanciales de **Animales fabulosos**, aquella multiplicidad enunciativa y temática permitirá construir nuevos mapas, mucho más complejos en el estudio de las revistas culturales argentinas, en los que no nos resulte una tarea sencilla colocar a los sartreanos de un lado y a los estructuralistas de otro. El conjunto de ensayos que componen **Animales fabulosos** contribuye a que imaginemos las huellas de Sartre allí donde imperaba Lacan y las marcas de Barthes allí donde se proclamaba el compromiso sartreano.

Mario Cámara  
(UBA)

A propósito de Ana Longoni, **Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión**, Buenos Aires, Norma, 2007, 220 pp.

1. La tesis central de **Traiciones** sostiene que existió la literatura que lejos de delimitar un campo de indagación productivo para reflexionar acerca de las tragedias de nuestro pasado reciente, contribuyó más bien a reforzar y a expandir prejuicios bien dudosos, en especial, el que identifica la figura del sobreviviente con la del traidor. Tal es el caso de **Recuerdo de la muerte**, de Miguel Bonasso, **El fin de la historia**, de Liliana Heker, y **Los compañeros**, de Rolo Díez, aunque en relación con esta última novela no es difícil apreciar las dificultades que Longoni tiene para incluirla en esta saga (en efecto, la obra de Rolo Díez, que en las páginas iniciales de **Traiciones** había sido condenada por “hacerse eco del culto al héroe”, es reivindicada en los últimos párrafos del libro como una opción éticamente superior en relación con las novelas de Bonasso y Heker, ya que su final podría ser interpretado, según la autora, como la puesta en escena del derrumbamiento del narrador que antes era capaz de estigmatizar al sobreviviente).

Sin embargo, y para ser más precisos, Longoni no está dispuesta a leer estas novelas como textos específicamen-

te literarios, sino como discursos cuya construcción suponen una deliberada o al menos incontrolada ambigüedad entre la ficción y el uso de las voces que testimonian los suplicios del campo. Si ello así ocurre es porque los autores de estos relatos refuerzan la autoridad de su voz o bien asegurando estar apenas novelando unos hechos “rigurosamente ciertos” (es el caso de **Recuerdo de la muerte**), o bien dando forma a una ficción que se nutre de demasiados hechos conocidos como para no creer que quiere ganar verosimilitud simplemente haciendo uso de su eficacia literaria (es el caso de **El fin de la historia**). Aunque por distintas vías, en ambos casos la indefinición entre la literatura y el registro de los hechos no impide que esos relatos reclamen para sí una veracidad que de ser alcanzada sería al precio de una identificación plena entre el lector y el narrador, identificación que Longoni, colocándose como la lectora indeseada de estos textos, pretende precisamente interrumpir, puesto que de ser aceptada el lector se privaría de asumir, o al menos tomar en cuenta, la perspectiva del sobreviviente.

No basta según la autora de **Traiciones** con un análisis textual y paratextual de esas novelas para entender por qué ellas renuncian a asumir dicha perspectiva, sino que es necesario ahondar en las razones que hicieron que la voz del sobreviviente se convirtiera en una voz inaudible. ¿Cuáles son esas razones? Longoni las resume en cinco tesis que deja aparecer al comienzo del libro: en primer lugar, la voz del sobreviviente resultaba inaudible porque atestiguaba que los detenidos no aparecerían con vida; en segundo lugar, ya en tiempo presente, porque el sobreviviente estorba, “en ciertos ámbitos militantes” el mito del desaparecido como mártir y héroe; en tercer lugar, porque el sobreviviente obliga a repensar la experiencia del campo con otras categorías que no pueden ser ya las de la guerra; en cuarto lugar, porque poner en duda estas categorías implicaría a su vez establecer un balance demasiado crítico con la experiencia de las organizaciones revolucionarias que el que están dispuestos a hacer muchos de quienes se sienten parte de esa experiencia y, por último, porque lo que la voz del sobreviviente manifiesta es

que la experiencia de las organizaciones armadas revolucionarias ha concluido en una derrota inapelable. De modo que si las novelas antes mencionadas consagraron, o al menos difundieron una imagen preestablecida del sobreviviente como traidor, ello se debe a que no han querido o sabido efectuar un balance crítico de la experiencia política de las vanguardias revolucionarias de los años setenta. Éste es el núcleo de la tesis bien polémica que Ana Longoni presenta en **Traiciones**.

2. Uno de los primeros interrogantes que plantea la lectura global del libro es precisamente saber cuál es el alcance de la tesis que acabamos de enunciar. Porque si en la “Introducción” Longoni parece inclinada a afirmar, a partir de las polémicas declaraciones de Hebe de Bonafini a propósito de la desaparición de Julio López, que ellas ejemplifican cabalmente cómo la estigmatización del sobreviviente recorre todo el cuerpo social (“[dichas declaraciones reflejan] la persistencia del extendido, casi diría naturalizado, halo de sospecha sobre los sobrevivientes, por el cual un desaparecido que reaparece se transforma automáticamente en un traidor”), más adelante, sin embargo, la autora parece moderar el alcance de la tesis y circunscribir su estigmatización a determinados círculos militantes, cuando afirma que “los relatos de los sobrevivientes estorban —en ciertos ámbitos militantes— la construcción del mito incólume del desaparecido como mártir o héroe” (todos los subrayados son nuestros).

Sin embargo, no parece que la estigmatización del sobreviviente como traidor recorra de manera extendida el cuerpo social y a favor de ese bloqueo trabaja paradójicamente a mi entender esa lente sumamente persuasiva para amplios sectores sociales que ofrece la “teoría de los dos demonios” (o en su variante “progresista”, la del único demonio, esto es, la Junta Militar), que no sólo desalienta indagar qué tipo de responsabilidades tuvieron esos mismos sectores en el desenlace de la tragedia, sino también qué tipo de actuación mantuvo el sobreviviente en el campo como para responsabilizarlo de la derrota: el poder “demoníaco-militar”, en algunas lecturas acompañado por la defección de las cúpulas montoneras —ellas sí verdaderamente traidoras para

estas versiones— son los modos que siguen siendo usuales para racionalizar por qué la “utopía” devino catástrofe. Por consiguiente, si la voz del sobreviviente permanece inaudible, ello parece obedecer menos a que su figura resulte estigmatizada que al hecho de que ya han sido identificados los actores “endemoniados” que permiten explicar la derrota de las organizaciones armadas revolucionarias, derrota que tampoco estos actores sociales parezcan lamentar.

Por eso a mi entender el conjunto de tesis que enumera **Traiciones** cobra mayor solidez si se lo pone en diálogo con las formas de procesamiento de la experiencia vanguardista en determinados “círculos militantes”. La autora de **Traiciones** detecta muy bien la poca relevancia que Heker y Bonasso otorgan a la perspectiva del sobreviviente en sus novelas, en las que llegan a homologar las acciones de quien en el marco de una serie de condicionamientos —propios de todo actuar humano— decide sin embargo libremente romper un conjunto de lealtades previas, y las de quien intenta sobrevivir en el campo bajo otro tipo de condiciones, realmente inconmensurables respecto a los anteriores: la amenaza permanente, la tortura, el sometimiento a todo tipo de suplicios, etc. Por eso resulta más adecuado seguir a Longoni cuando prefiere caracterizar a los comportamientos actuados al interior del campo como estrategias de supervivencia, dentro de las cuales es posible incluso hallar decisivas formas de resistencia frente al poder concentracionario. Sin embargo, el gesto más notablemente justo y sumamente arriesgado de Longoni reside en su negativa rotunda a desconocer, como lo hacen esas novelas para poder así condenar a quienes en situación de cautiverio colaboraron con los victimarios, la fundamental asimetría entre el torturador y el torturado.

De todos modos: ¿se sigue de la demostración de que existen al menos dos relatos poco hospitalarios con la figura del sobreviviente que todas las versiones retrospectivas de los años setenta, habilitan esa misma estigmatización? Por ejemplo: ¿cuántas de esas versiones, y en qué medida, estarían hoy dispuestas a reivindicar la lucha armada y a soslayar la denuncia de los escasos mecanismos de protección

diseñados por las organizaciones revolucionarias para enfrentar una represión que, a medida que se alejaba en el tiempo la plaza revolucionaria del 25 de mayo de 1973, se tornaba día a día más brutal?

Por otra parte: ¿por qué el lector de **Traiciones** sorprendentemente debe esperar a la página 133 del libro para se reconozcan otras fuentes de estigmatización del sobreviviente, como lo es el dispositivo de sospecha promovido por los propios victimarios, que así como culpabilizaban a los detenidos para justificar los motivos de su detención (“algo habrán hecho”), así también culpabilizaron a los sobrevivientes por las razones de su (sobre)vida después del cautiverio (“por algo habrán sobrevivido”)? No colocar el énfasis en este hecho supone sobrestimar el peso que posee la imposibilidad de asumir la derrota de la opción revolucionaria para explicar las razones de la inaudibilidad del sobreviviente, aun cuando es verdad que la ausencia de una voluntad autocrítica no sólo no desactiva sino incluso amplifica la estigmatización del sobreviviente promovida por sus captores.

Además: ¿es realmente el mensaje del sobreviviente un mensaje unívocamente autocrítico en los términos en que lo entiende Longoni? Si se rastrean las voces de los sobrevivientes que aparecen en **Traiciones**, desde la sentida dedicatoria del libro hasta los agradecimientos, pasando por figuras como las del propio “Pelado” Dri y Graciela Daleo, el lector tiene derecho a concluir que no todas esas voces articulan un mismo mensaje y, fundamentalmente, un mismo balance político en torno al proyecto que sostuvo la izquierda revolucionaria durante los años setenta. ¿Cabe decir entonces que aquellas voces sobrevivientes que son disonantes en relación con el argumento central de **Traiciones** incurren en una idealización de los años setenta producto de una inconfesada imposibilidad de asumir la derrota? ¿O no sería más adecuado reconocer que los propios sobrevivientes tienen una mirada menos uniforme que la que se infiere de la argumentación de Longoni, en cuyas perspectivas es posible reconocer diversos e incluso contrastantes balances políticos de sus militancias?

Por último, en ese capítulo grave y sentido que Longoni titula “El mandato sacrificial” (y que constituye el subtexto con que la autora analiza las novelas), el lector se encuentra a punto de hallar otra fuente que activa la figura de la traición, pero en este caso como una figura que acecha la subjetividad militante que precisamente en condiciones casi inhumanamente adversas (avance del poder represivo, desprotección por parte de las organizaciones revolucionarias) hace suya la opción de persistir en la militancia sabiéndose derrotado, obligado así a responder ante esa deuda abismal que el militante aún retiene con los compañeros muertos y con todos los que aún sobreviven. ¿No resulta demasiado severo inferir, como lo hace Longoni a partir de esta situación (en la que halla un ejemplo de cómo el imaginario “épico guerrero” de la militancia setentista, en el que la identificación de la política con la guerra, la certidumbre de la proximidad de la muerte, la aceptación de que esa muerte, la del guerrillero, contribuía a alimentar la vida de la revolución y que ésta, finalmente, iba dar lugar a la creación del hombre nuevo), que todo el proyecto político militar de las organizaciones revolucionarias suponía la renuncia a la vida, o mejor, la renuncia a la “vida sin gloria”? Se entiende por supuesto que esa severidad con que juzga Longoni en este punto a la militancia de los años setenta se orienta más a quienes a partir de esta forma última de compromiso con el otro han construido la figura del “mártir”, para luego evaluar con ella de manera también injustamente severa a quienes han sobrevivido; pero si aun así nos parece demasiado severa la conclusión de Longoni, no lo es sólo porque aquí la figura de la traición sirve menos como clave que permite retener un diagnóstico triunfalista en las condiciones más adversas, que como la forma última en que se interioriza la contracara de la deuda con el otro para quien, derrotado, ya se sabe justamente destinado a “vivir sin gloria”; si parece demasiado severa, decíamos, esta conclusión, es porque implícitamente supone una ruptura tajante entre las formas de organización y los valores políticos de militancia de los años setenta, gobernadas según Longoni por el “mandato sacrificial”, y las estrategias de supervivencia, solidaridad y resisten-

cia, que los detenidos desarrollaron en los campos de concentración, estrategias sobre cuya base la autora de **Traiciones** entrevé un modelo a seguir para futuras prácticas emancipatorias.

¿Pero existe una ruptura tajante entre unas y otras prácticas? ¿Es siquiera pensable ese núcleo de compañeros —el staff— que en ese infierno de la ESMA diseñan estrategias colectivas de protección, sin el aprendizaje político y las formas de solidaridad con el otro, canalizadas de tan distintas maneras, por los militantes revolucionarios de los años setenta, incluso, por supuesto, por aquellos que se agruparon alrededor de las organizaciones armadas revolucionarias?

3. Ana Longoni se preocupa por subrayar que escribe **Traiciones** en los “enrarecidos días” que siguieron al secuestro de Julio López. Nos dice, de ese modo, que sus tesis no se pronuncian acerca de un pasado distante, sino que involucran una intervención sobre el presente.

Diffícilmente pueda soslayarse que esos días enrarecidos son también aquellos signados por el discurso del ex presidente Néstor Kirchner en la ESMA, discurso que en mi opinión instaló sólo transitoriamente la idea de que hablar sobre los años setenta tenía que ver con discutir nuestro presente, y suscitó por cierto reacciones bien diversas, entre ellas las de quienes leyeron en él una suerte de consagración póstuma del montonerismo, tanto por la serie de tópicos en que incurrió el ex presidente al referirse a esa generación política, como por la cercanía que mantenían con su gobierno ciertas figuras representativas de esa fracción del peronismo revolucionario.

Si bien **Traiciones** hubiera podido ser escrito sin estas circunstancias, no sólo porque sus tesis son el resultado de un arduo trabajo, sino porque están motivadas por el deseo de solicitar, como indica la sentida dedicatoria del libro, una reparación largamente postergada a quienes debieron sobrevivir no sólo a su captura en el campo sino también a ciertas “historias que se escribieron luego”, no menos cierto es que su publicación cobra un sentido bien polémico al calor de esos “enrarecidos días”.

Se trata de una intervención que guarda relación con otras que en esos mismos “enrarecidos” días confrontaron con el prestigio transitorio que adquirieron las vanguardias revolucionarias de los años setenta a partir de una estilizada evocación que no pocas veces provino de la máxima autoridad política. En este sentido, la intervención de Oscar del Barco dialoga con **Traiciones**, porque sugiere que todo intento de recuperación de la izquierda revolucionaria chocaría contra razones frente a las cuales parece imposible argumentar, porque hacerlo significaría entrar en colisión con el carácter inviolable del precepto “no matarás”; también la película **M** de Nicolás Prividera sale al cruce de esta reivindicación póstuma cuando, hacia el final del film (por varias razones notable) toda la discusión en torno a los años setenta que previamente había abierto es súbitamente cancelada con las palabras de esa militante que deja en claro que la verdad de Montoneros puede detectarse sabiendo quiénes fueron asesinados y quiénes, en cambio, sobreviven y lidian con el poder; en el caso Longoni, por último, la confrontación con los años setenta se torna terminante cuando su autora imputa exclusivamente al imaginario épico-guerrero del que se nutrieron las vanguardias revolucionarias las causas de la estigmatización del sobreviviente. Tenía razones —y el libro las exhibe con un detalle pocas veces visto— para hacerlo: cada vez que se estigmatiza al sobreviviente se repite el mensaje cruel de la píldora de cianuro, porque en la acusación de traición se sigue reteniendo la idea de que la Revolución era más importante que la vida de los revolucionarios. No es posible relativizar esta advertencia que **Traiciones** realiza.

Sin embargo, aunque las razones políticas e incluso existenciales que están a la base de estas intervenciones no deben ser relativizadas, considero que a su modo, la de del Barco, la de Longoni y el final de **M** (no así toda la línea del film cuyo eje es el vínculo madre e hijo, y que la misma película se orienta a pensarlo en términos políticos, aun cuando sólo quedan restos, como esa Escuela abandonada, para pensar esa costosa mediación) constituyen intervenciones vanguardistas, porque pretenden brindar una solución última y

definitiva a un problema acuciante: ¿en qué sentido soy y seré alcanzado por las decisiones de esos otros que fueron los militantes revolucionarios de los años setenta? Me pregunto si es posible responder este interrogante con un argumento definitivo, quiero decir, me pregunto si no es mejor admitir que hacerse cargo de este interrogante supone aceptar que la imagen de los militantes revolucionarios de los años setenta continuará siendo motivo de interminables reelaboraciones y que deberemos lidiar permanentemente con ello, reconociendo que en ese mismo proyecto que desafió en nuestro país la injusticia social de la manera más radical, existen razones que, como la píldora de cianuro, ameritan sin embargo su crítica más despiadada. Me cuesta entrever otra manera de “saldar” cuentas con ese pasado que no sea admitiendo que esa generación política, que decidió matar para realizar el bien mayor, y que en aras de alcanzar la revolución sin dudas desprotegió la vida de miles de revolucionarios, nos seguirá habitando al mismo tiempo como pesadilla y como expectativa, y como aquello que también se nos escapa y no logramos comprender bien del todo.

Matías Farías  
(UBA)